

MARÍA JOSÉ VILLAVERDE RICO: *La ilusión republicana, ideales y mitos*, Tecnos, Madrid, 2008, 400 págs.

#### NOSTÁLGICOS DE LA VIRTUD

Una nueva causa política viene protagonizando desde hace ya unos años el debate político contemporáneo. Se trata del republicanismo; una alternativa a la democracia liberal —según la autora de este libro, la profesora M<sup>a</sup> José Villaverde— lo suficientemente atractiva (y, según su interpretación, peligrosa), como

para que merezca la pena dedicar un análisis completo y riguroso a las fuentes en las que bebe y a las ideas que propone; un reto importante y necesario que ella asume sin miedo a poner en entredicho las interpretaciones de algunos de los más prestigiosos historiadores de las ideas políticas, y otros intelectuales de moda.

El que la autora de *La Ilusión republicana* se haya dedicado con tanto empeño a dicha tarea, da la razón a P. Pettit (uno de los principales y más célebres promotores de la causa republicana y blanco directo de algunas de las más acerbadas críticas de Villaverde) al menos en una cosa: que las ideas normativas, la filosofía política, tienen una enorme importancia para el debate y la vida política contemporánea. Precisamente el que en este debate estén involucrados historiadores de las ideas de la talla de Skinner, Pocock o Viroli, lo ponen claramente de manifiesto.

Cree M<sup>a</sup> José Villaverde que el deseo, incluso la necesidad, que estos autores manifiestan por recuperar el ideal republicano —sobre todo, su «ética de las virtudes»— como fuente de principios e ideales políticos válidos para nuestras actuales democracias representativas (basadas, fundamentalmente, en principios liberales), obedece a una profunda insatisfacción. Los paladines de este recuperado ideal no se resignan a conformarse con la democracia liberal tal y como es hoy; no están dispuestos a aceptar que esta democracia de ciudadanos individualistas e indiferentes, carentes de conciencia cívica, sea la única posible. De ahí que uno de los capítulos de este libro esté dedicado precisamente a la sociedad liberal y sus críticos, y aunque algunas de esas críticas obedezcan a características propias y nuevas de la sociedad contemporánea, otras se parecen mucho a las que, ya desde hace siglos, se vienen esgrimiendo desde las filas de la izquierda y de la derecha contra el individualismo liberal, pues la insatisfacción o el disgusto que provoca en muchos el liberalismo no es, desde luego, nada nuevo, y ha sido un asunto que a menudo han tenido que abordar algunos de los más conspicuos representantes de dicha doctrina.

Ahora bien, mucho dependen los argumentos de unos y otros de cómo se interprete la teoría política liberal. Pues si la reducimos a una mera sublimación de intereses burgueses y capitalistas de clase o a una suerte de economicismo utilitarista (algo que, por otra parte, hace más de uno de los que se consideran abanderados de la causa liberal), será ciertamente difícil rebatir los argumentos republicanos. Por eso, nuestra autora quiere dejar claro que muchos de los defensores de la causa republicana han hecho a menudo una interpretación estrecha y sesgada de la doctrina y de los autores liberales, sobre todo de los clásicos. No en vano, M<sup>a</sup>. José Villaverde defiende que el liberalismo encarna una ética fuerte, un conjunto de valores, un humanismo liberal que ella entiende asociado a los nombres de Kant o de Mill, a la neutralidad del Estado, a los derechos individuales, a la igualdad, la libertad y la autonomía.

Y a pesar de que más de un republicano se sumaría gustoso a ese tipo de liberalismo (no al de un Mises o un Hayek, por ejemplo), el libro parte de la premisa de que el republicanismo se opone y se enfrenta (aunque a veces se

matiza esta afirmación) al liberalismo, como si al socialismo, agotado y herido en la batalla contra el neoliberalismo, le hubiese sustituido el republicanismo como alternativa política. Por eso, este discurso político se habría convertido en ese «refugio de socialdemócratas» (o de progresistas o liberales de izquierda) del que habla la autora.

Este enfrentamiento podría fácilmente interpretarse como una nueva versión de la conocida oposición entre los dos conceptos de libertad de B. Constant o de I. Berlin, o como una nueva variante del secular enfrentamiento entre los ideales individualistas y comunitarios. Aunque es sabido que Pettit, uno de los líderes del grupo, pretende haber superado estas dos célebres clasificaciones con su nueva definición de libertad como «no dominación».

Sin embargo, para Villaverde, el concepto de libertad de Pettit es muy confuso y no sirve eficazmente para delimitar posiciones ideológicas; por ejemplo, no se entiende muy bien por qué un liberal no podría estar de acuerdo con Pettit cuando afirma que su concepto de libertad significa no estar sometido a la voluntad arbitraria de otro, o qué es lo que verdaderamente la distingue de la libertad positiva de I. Berlin cuando asegura que la libertad como no interferencia no basta, y que el objetivo del Estado es promover la libertad como no dominación. En definitiva, la propuesta del profesor irlandés falla como concepto alternativo y se identifica más bien con posiciones socialdemócratas — como sostiene la autora — cuando asegura que su idea de libertad exige enfrentarse a los agentes poderosos (por ejemplo, en el ámbito de las relaciones laborales), así como una igualitaria distribución de los recursos relevantes; Pettit se muestra convencido de que hay que reducir el escepticismo respecto al Estado y remediar muchos males mediante la actuación de los gobiernos.

Pero no siempre el republicanismo se muestra hostil al liberalismo, como la propia autora reconoce, pues existe un tipo de republicanismo liberal que puede entenderse más como un complemento que como una alternativa; y como también se admite en el libro, muchas de las ideas republicanas son en realidad ideas liberales (o ambas cosas a la vez), como muchos de los autores republicanos son en el fondo autores liberales.

Como puede apreciarse, todas estas cuestiones tienen mucho que ver con el uso y la definición de categorías y conceptos. Porque del mismo modo que existen diferencias relevantes entre los que se auto-denominan liberales (los hay conservadores, progresistas o igualitarios, clásicos o libertarios, por citar algunos), existen también señaladas diferencias entre los que se consideran republicanos. Como escribe Villaverde, no nos encontramos frente a un discurso homogéneo y coherente, sino que existen diferentes tipos de republicanismos; por eso, respecto a las fuentes de esta tradición, aunque todos reivindican al Maquiavelo de los Discursos, algunos recuperan autores que otros, sin embargo, silencian y no todos están de acuerdo en según qué cosas.

Es por eso que nuestra autora ha querido poner un poco de orden en esta confusión proponiendo una clasificación que ayude al lector a comprender en

qué consiste la tradición histórica republicana y a situar a los diferentes autores y corrientes. Propone distinguir básicamente entre un republicanismo liberal y conciliador que tiende puentes con el liberalismo (más influyente en Estados Unidos y Canadá entre constitucionalistas y politólogos como Sunstein y Pettit); un republicanismo instrumental que abunda en el compromiso con los deberes políticos y la virtud cívica (Viroli, Skinner), y un republicanismo duro o radical, fiel al legado clásico, y que puede solaparse con el comunitarismo (MacIntyre, Taylor y Sandel).

Como ocurre a menudo con este tipo de clasificaciones, siempre pueden hacerse objeciones. Algunos autores republicanos podrían encajar en más de una categoría, y en el caso de los republicanos duros, por ejemplo, a pesar de que efectivamente algunas de sus ideas se asemejen a las de los comunitaristas, no está tan claro que MacIntyre puede ser considerado un autor republicano. Pero, como la misma autora reconoce, se trata sólo de ofrecer una especie de brújula para orientar a los lectores.

Más convincentes son los argumentos del libro destinados a demostrar que a la hora de reivindicar autores, la tradición republicana se convierte en una especie de cajón de sastre que produce cierta perplejidad, dejando muy poco claro qué referencias intelectuales pueden reclamar con coherencia republicanos y liberales.

M<sup>a</sup> José Villaverde, especialista en historia de las ideas políticas, no se arredra a la hora de cuestionar los métodos y procedimientos de Skinner, Pocock o Viroli, por ejemplo, y habla de una selección arbitraria de autores en función de que encajen mejor o peor en enfoque ya determinado de antemano, lo cual no es, desde luego, una actitud muy científica y, además, va en contra de los presupuestos que defienden estos autores en sus textos académicos. Ella habla, incluso, de tergiversación y manipulación, de parcialidad y desmemoria; en definitiva, y dicho sin tapujos, se trata de la conversión de la historiografía en ideología.

Denuncia, por ejemplo, que se pretenda borrar la impronta de Locke y del liberalismo en la guerra de independencia y la construcción de los Estados Unidos de América, de acuerdo con el cambio de paradigma historiográfico que se produjo en los años 70 del siglo xx y que cuestionaba que la revolución americana fuera hija del liberalismo, dándose ahora a la matriz republicana un protagonismo que antes no tenía y yendo demasiado lejos en sus conclusiones. Y también se enfrenta a Skinner cuando afirma que la verdadera fuente de la libertad moderna está en Roma o en Maquiavelo, convirtiendo así al republicanismo en un discurso de la libertad.

Sin embargo, la autora tiene muy claro que la libertad republicana no es moderna y que por eso no vale para el siglo xxi. *La libertad de los antiguos* en palabras de Constant o *la libertad positiva* en las de I. Berlin, tiene muy poco que hacer en un mundo esencialmente individualista. El republicanismo —y aquí coincide con el comunitarismo— añora las épocas en las que la comunidad

y el bien común eran lo primero aunque, como también señala Villaverde, los republicanos tienden a idealizar un tipo de régimen político que en realidad era esclavista (en el caso de las repúblicas antiguas) u oligárquico, militarista y sometido a un sinfín de rencillas internas, en el caso de las renacentistas (sin olvidar que todos estos regímenes excluían a las mujeres). Por todo ello, el que los republicanos se empeñen en recuperar valores para un individuo descreído y hedonista que se desentiende de la política en su «ilusión de una vuelta al hombre cívico», no tiene mucho sentido.

Por otro lado, las críticas al liberalismo desde las filas republicanas contribuyen a difundir la idea de que dentro del liberalismo no hay espacio para la virtud cívica. Pero no es cierto que el liberalismo niegue o repudie la participación política en sus diferentes manifestaciones. Los liberales clásicos no han defendido el atomismo social ni un individualismo extremo y radical, ni que el individuo se aislara y se retirara de la vida pública; esa es una opción de vida que se podía tomar o no, pero no era la única ni la mejor. Y muchos de ellos han defendido la participación, sino como un asunto de realización personal, como medio de controlar y limitar el poder, a la vez que hablaban de la importancia de una sociedad civil fuerte, activa y dinámica (piénsese en Kant, Constant o Tocqueville, por citar sólo unos ejemplos).

Pero la diferencia fundamental estriba, quizás, en el papel que asignan al Estado unos y otros, sobre todo, en cuestiones morales: ¿debe o no intervenir para fomentar la virtud cívica, para tratar de hacer virtuosos a los ciudadanos? Aquí reside el meollo de la cuestión: el liberal no admitirá nunca que el Estado asuma una tarea como esa; ni siquiera con la mejor intención ni —como escribiera Mill—, en beneficio e interés de los propios ciudadanos. El liberal, no tanto el republicano que parte de una visión de la naturaleza humana de corte aristotélico, ve en la intervención «moral» del Estado un peligro inmenso para la libertad, porque puede que no nos gusten todas las consecuencias que acarrea dejar libres a los hombres, pero el liberal confía en la libertad tanto como desconfía del Estado.

Por eso, para la autora del libro que comentamos, la neutralidad del Estado es un pilar fundamental de la doctrina y la política liberal, y de ahí que se apoye fundamentalmente en la obra de J. Rawls (más que en otras propuestas a cargo de otros liberales contemporáneos y, a pesar, de las numerosísimas y diferentes interpretaciones de su obra) para rechazar las tesis republicanas. Porque ella también cree que no sólo existe una forma de vida racional; que estamos abocados a una cada vez mayor pluralidad social, y que la convivencia entre individuos cada vez más diferentes requiere que el Estado renuncie a perseguir ideal alguno de vida buena, incluido el republicano.

No obstante todo lo que afirma la profesora Villaverde en este interesante e inteligente libro, estos replanteamientos de antiguos paradigmas llevados a cabo por figuras de la talla de Skinner, Pocock o Viroli, son valiosos en sí mismos, en la medida en que sirven para recuperar autores olvidados, reinterpretar

a los clásicos, sugerir nuevas vías de investigación o suscitar un interesante debate, a la vez científico y político, al que, sin duda, este libro va a contribuir decisivamente en nuestro país. Porque estamos ante un texto que está llamado a convertirse en una referencia indispensable para todos aquellos que se dedican al estudio de las ideas políticas en general y al republicanismo en particular y, sobre todo, para aquellos que se consideran a sí mismos republicanos y que deberán ahora responder a un nuevo desafío.

*Paloma de la Nuez*

Universidad Rey Juan Carlos de Madrid